

uno de los principales pecados que hubo en Sódoma (a), por donde esta miserable ciudad llegó al extremo de la perdición. Por tanto conviene que el sano reciba el manjar, así como el enfermo la medicina: conviene saber, no para deleitarse en él, sino para socorrer á su necesidad. Y aquel del todo vence este vicio, que no solamente en la cantidad del manjar pone la medida que debe, sino también desprecia los delicados y sabrosos manjares; si no es cuando la enfermedad ó la caridad lo pide.

La vana alegría dice: ¿Por qué escondes dentro de tí el gozo de tu corazón? Publica á todos tu alegría, y di en presencia de tus compañeros alguna cosa con que huelguen y rian. La templada tristeza responde: ¿De dónde, ó de qué tienes tanta alegría? ¿Por ventura tienes ya vencido al diablo; ó has acabado ya el tiempo de tu destierro, y llegado á la patria? ¿Por ventura no te acuerdas de lo que dice el Señor (b): El mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis; mas vuestra tristeza se volverá en alegría? Por tanto refrena ese vano regocijo; porque aun no has escapado de todos los males deste tan peligroso golfo.

La parlería dice: No es pecado hablar mucho, si se habla bien: así como no deja de serlo hablar mal, aunque se hable poco. El discreto callar responde: Verdad es lo que dices; pero muchas mas veces queriendo el hombre hablar muchas cosas buenas, acaesce que la plática que comenzó bien, acaba mal. Por lo cual dijo el Sabio (c), que en el mucho hablar no podía faltar pecado. Y si por ventura en la larga plática huyes de palabras dañosas, no podrás quizá huir de las ociosas, de que has de dar cuenta en el día del juicio (d). Conviene pues tener

(a) Ezech. 16 (b) Ioann. 10. (c) Prov. 10. (d) Matth. 12.

medida en el hablar, aunque las palabras sean buenas; porque no vengan á parar en malas.

La lujuria dice: ¿Por qué agora no gozas de tus deleites y placeres, pues no sabes lo que te está guardado? No es razón que pierdas este buen tiempo; porque no sabes cuán presto se pasará. Porque si Dios no quisiera que holgaran los hombres con estos deleites, no criara al principio hombres y mujeres.

La castidad responde: No quiero que disimules, ó finjas que no sabes lo que te está guardado despues desta vida. Porque si limpia y castamente vivieres, tendrás placeres y alegría sin fin; y si deshonestamente, serás llevado á los tormentos eternos. Y cuanto mas sientes que pasa ligeramente el tiempo, tanto mas te conviene vivir castamente; porque muy miserable es la hora del deleite, en la cual se pierde vida que dura para siempre.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para proveerlos de armas espirituales, que para esta pelea son necesarias: con las cuales podremos alcanzar la primera parte de la virtud, que es carecer de vicios, y defender esta estancia en que Dios nos puso (en la cual él mora), para que no sea ocupada del enemigo. Porque guardada fielmente la posada, sin duda tendremos aquel celestial huésped en ella; pues, como dice Sant Joan (e), Dios es caridad, y quien está en caridad, en Dios está, y Dios en él: y aquel está en caridad, que ninguna cosa hace contra ella; y no hay cosa que sea contra ella sino solo el pecado mortal; contra el cual sirve todo lo que hasta aquí habemos dicho.

(e) 1. Ioann. 4.

SEGUNDA PARTE DESTE SEGUNDO LIBRO,

EN LA CUAL SE TRATA DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

CAPITULO XIV.

De tres maneras de virtudes en las cuales se comprehende la suma de toda justicia.

Dicho ya en la primera parte deste libro de los vicios con que se afean y escurecen las ánimas, digamos agora de las virtudes que las adornan y hermosean con el ornamento espiritual de la justicia. Y porque á esta justicia pertenesce dar á cada uno lo que se le debe, así á Dios, como al prójimo, como á sí mismo; así hay tres maneras de virtudes de que se compone: unas que principalmente sirven para cumplir con lo que el hombre debe á Dios, y otras con lo que debe á su prójimo, y otras con lo que debe á sí mismo. Y esto hecho, no resta mas para cumplir toda virtud y justicia; que es para ser un hombre verdaderamente justo y virtuoso: que es lo que aquí pretendemos hacer.

Y si quieres saber en muy pocas palabras, y por unas muy breves comparaciones cómo esto se pueda hacer, digo que con estas tres obligaciones cumplirá el hombre perfectísimamente, si tuviere estas tres cosas: conviene saber, para con Dios corazón de hijo, y para con el

prójimo corazón de madre, y para consigo espíritu y corazón de juez. Estas son aquellas tres partes de justicia en que el Profeta puso la suma de todo nuestro bien, cuando dijo (a): Enseñarte he; oh hombre! en qué está todo el bien, y qué es lo que el Señor quiere de tí. Quiere que hagas juicio, y que ames la misericordia, y que andes solícito y cuidadoso con Dios. Entre las cuales partes el hacer juicio declara lo que el hombre debe hacer para consigo; y el amar la misericordia, lo que debe para con el prójimo; y el andar solícito con Dios, lo que debe hacer para con él. Y pues en estas tres cosas está todo nuestro bien, dellas trataremos agora mas copiosamente; porque en el Memorial de la Vida Cristiana (b) no hecimos mas que pasar por ellas brevemente, reservando su declaración para este lugar.

CAPITULO XV.

De lo que debe el hombre hacer para consigo mismo.

Porque la caridad bien ordenada comienza de sí mismo; comencemos por donde el Profeta comenzó; que es

(a) Mich. 6. (b) 1. Part. tract. 4. c. 3.

por el hacer juicio, que pertenesce al espíritu y corazón de juez; el cual debe el hombre tener para consigo. Pues al oficio del buen juez pertenesce tener bien ordenada y reformada su república. Y porque en esta pequeña república del hombre hay dos partes principales que reformar (que son el cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y el ánima con todos sus afectos y potencias), todas estas cosas conviene que sean reformadas y enderezadas virtuosamente en la forma que aquí declararemos, y desta manera habrá el hombre cumplido con lo que debe á sí mismo.

§. I.

De la reformation del cuerpo.

Pues para reformation del cuerpo (a) sirve primeramente la composición y disciplina del hombre exterior, guardando aquello que dice Sant Augustin en su regla: Que en el andar, y en el estar, y en el vestido ninguna cosa se haga que escandalice, y ofenda los ojos de nadie; sino lo que convenga á la sanctidad de nuestra profesion. Y por esto procure el siervo de Dios tratar con los hombres con tanta gravedad, humildad, suavidad y mansedumbre, que todos cuantos con él trataren, queden siempre edificados y aprovechados con su ejemplo. El Apóstol quiere que seamos como una especie aromática (b), la cual comunica luego su olor á quien quiera que la toca; y así le quedan oliendo las manos como á ella; porque tales han de ser las palabras, las obras, la composición y conversacion de los siervos de Dios, que todos cuantos trataren con ellos queden edificados, y como sanctificados con su ejemplo y conversacion. Y este es uno de los principales frutos que se siguen desta modestia y composición, que es una manera de predicar callada, donde no con estruendo de palabras, sino con ejemplo de virtudes convidamos á los hombres á glorificar á Dios, y amar la virtud: segun que nos lo encomienda el Salvador, cuando dice (c): Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Conforme á lo cual dice Isaías (d), que el siervo de Dios ha de ser como un árbol, ó una planta hermosísima que Dios plantó; para que quien quiera que la viere, glorifique á Dios por ella. Mas no se entienda que por esto debe hacer el hombre sus buenas obras para que sean vistas; antes, como dice Sant Gregorio (e), de tal manera se ha de hacer la buena obra en público, que la intencion esté en secreto; para que con la buena obra demos á los prójimos ejemplo, y con la intencion de agradar á solo Dios siempre deseemos el secreto.

El segundo fruto que se sigue desta composición del hombre exterior, es la guarda del interior, y la conservación de la devoción. Porque es tan grande la union y la liga que hay entre estos dos hombres, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro, y al reves: por donde si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mismo cuerpo; y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego (no sé cómo) el espíritu también se descompone é inquieta. De suerte que cualquier de los dos es como un espejo del otro; porque así como todo lo que vos haceis, hace el espejo que teneis delante, así todo lo que pasa en cualquier destos dos hombres, luego se representa en el otro.

(a) Vide Casia. lib. 5. cap. 12. (b) 2. Cor. 2. (c) Matth. 5. (d) Isai. 61. (e) 20. Mor. c. 19. explicans illud: Oculus fui caeco, et post caecum.

Por donde la composición y modestia de fuera ayuda mucho á la de dentro; y gran maravilla sería hallarse espíritu recogido en cuerpo inquieto y desasosegado. Y por esto dice el Ecclesiástico (f) que el que tenia los pies lijeros, caería: dando á entender que los que carecen de aquella gravedad y reposo que pide la disciplina cristiana, muchas veces han de tropezar y caer en muchos defectos: como suelen caer los que traen los pies muy lijeros cuando andan.

La tercera cosa para que sirve esta virtud, es para conservar el hombre con ella la autoridad y gravedad que pertenesce á su persona y oficio, si es persona constituida en dignidad: como la conservaba el sancto Job (g), el cual en una parte dice que la luz y resplandor de su rostro nunca por diversas ocasiones y acontecimientos caía en tierra, y en otra dice (h) que era tanta su autoridad, que cuando le veian los mozos se escondian, y los viejos se levantaban á él, y los príncipes dejaban de hablar, y ponian el dedo en su boca, por el acatamiento grande que le tenian. La cual autoridad (porque estuviese muy lejos de toda repunta de soberbia) acompañaba el sancto varon con tanta suavidad y mansedumbre, que dice él mesmo de sí, que estando asentado en su silla como un rey acompañado de su ejército, por otra parte era abrigo y consuelo comun de todos los miserables.

Donde notarás que la falta desta medida y composición no es tanto reprehendida de los sabios por grande culpa, quanto por nota de liviandad; porque la desenvoltura demasiada del hombre exterior es argumento del poco lastre y asiento del interior, como ya dijimos. Por lo cual dice el Ecclesiástico (i) que la vestidura del hombre, y la manera del reir y del andar dan testimonio dél. Lo cual confirma Salomon en sus Proverbios, diciendo (k): Así como en el agua clara se parece el rostro del que la mira, así los sabios conocen los corazones de los hombres por la muestra de las obras exteriores que ven en ellos.

Estos son los provechos que trae consigo esta composición susodicha: que son muy grandes. Por lo cual no me parece bien la demasiada desenvoltura de algunos, que con achaque de que no digan que son hipócritas, rien, y parlan, y se sueltan á muchas cosas, con las cuales pierden todos estos provechos. Porque así como dice muy bien Sant Joan Clímaco que no ha de dejar el monje la abstinencia por temor de la vanagloria, así tampoco es razón carecer del fruto desta virtud por respectos del mundo; porque así como no conviene vencer un vicio con otro, así tampoco desistir de una virtud por ningun respecto del mundo.

Esto es lo que generalmente pertenesce á la composición del hombre exterior en todo lugar y tiempo. Mas porque esto se requiere muy mas particularmente en los convites y en la mesa; cómo esta se haya de guardar, declararemos en el párrafo siguiente.

§. II.

De la virtud de la abstinencia.

Prosiguiendo lo que pertenesce á la reformation del cuerpo, lo que principalmente para esto sirve, es tratarlo con rigor y aspereza, no con regalos ni blandura; porque así como la carne muerta se conserva con la mirra, que es amarguísima (sin la cual luego se daña é hinche

(f) Prov. 19. (g) Job 29. (h) Ibidem. (i) Eccl. 19. (k) Prov. 27.

de gusanos), así también esta nuestra carne con regalos y blanduras se corrompe, y se hinche de vicios; y con el rigor y aspereza se conserva en toda virtud. Pues para esto nos conviene aquí tratar de la abstinencia; porque esta es una de las principales virtudes que se presuponen para alcanzar las otras virtudes; y ella es en sí muy dificultosa de alcanzar, por la contradicción y repugnancia que tiene en nuestra naturaleza corrupta. Y aunque lo arriba dicho contra la gula bastaba para entender la condición y valor de la abstinencia (pues conocido un contrario, se conoce el otro), pero todavía para mayor luz desta doctrina será bien tratar della por sí, declarando así el uso y plática della, como los medios por do se alcanza.

Comenzando pues por la disciplina y modestia que se debe guardar en la mesa; esta nos enseña muy particularmente el Espíritu Sancto en el Eclesiástico por estas palabras (a): Usa como hombre templado de las cosas que te ponen delante; porque no seas aborrecido de los hombres, si te vieren comer desordenadamente. Y acaba primero que los otros; porque así lo pide la orden y disciplina de la templanza. Y si estás asentado en medio de otros muchos, no seas tú el primero que pongas mano en el plato, ni pidas de beber primero. Por cierto muy convenientes reglas son estas para la vida mortal, y dignas de aquel Señor que todas las cosas hizo con suma orden y concierto; y así quiere también que nosotros las hagamos.

Esta mesma disciplina nos enseña Sant Bernardo por estas palabras: En el comer habemos de tener cuenta con el modo, con el tiempo, y con la cantidad y cualidad de los manjares. El modo ha de ser, que no derame el hombre todos sus sentidos sobre la comida. El tiempo, que no anticipe la hora ordinaria del comer. Y la calidad, que contentándose con lo que los otros comen, no quiera otras particularidades ni delicadezas; sino fuere por evidente necesidad. Esta es la regla que nos da en pocas palabras este sancto.

Y no es muy diferente la que nos da Sant Gregorio en sus Morales, diciendo (b): Abstinencia es la que no anticipa la hora del comer (como hizo Jonatas (c) cuando comió el panal de miel), ni tampoco desea manjares apetitosos, como hicieron los hijos de Israel en el desierto, cobdiciando los manjares de Egipto (d), ni quiere guisados curiosamente aparejados, como los querian los hijos de Helí (e), ni come hasta mas no poder, como hacian los de Sodoma (f), ni con demasiado gusto y apetito, de la manera que comió Esaú la escudilla de lentejas, por la cual vendió su mayorazgo (g). Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio; en las cuales brevemente comprehende muchas cosas, y las acompaña con muy convenientes ejemplos.

Pero mas copiosamente trata esta materia Hugo de Sant Victor, el cual en el libro de la disciplina de los monges enseña la que debemos tener en el comer, por estas palabras: En dos cosas (dice él) se ha de guardar la disciplina y modestia en el comer: conviene saber, en la comida y en el que la come. Porque el que come ha de procurar de tener modestia en el callar, y en el mirar, y en la compostura del cuerpo, para que enfrene su lengua de toda parlería, y abstenga sus ojos de mirar á todas partes, y tenga todos los otros miembros y sen-

(a) Cap. 31. (b) Lib. 30. Moralium, cap. 27. (c) 1. Reg. 14. (d) Numer. 11. et 16. (e) 1. Reg. 2. (f) Ezech. 16. (g) Gen. 25.

tidos compuestos y quietos. Porque algunos hay que cuando se asientan á la mesa, descubren el apetito de la gula, y la destemplanza de su ánimo; y con una desasosegada inquietud de los miembros menean la cabeza, arremangan los brazos, levantan las manos en alto, y (como si hubiesen ellos solos de tragarse toda la mesa) así verás en ellos unos acometimientos y meneos, que (no sin gran fealdad) están descubriendo la agonía y hambre del comer. Y estando asentados en un mesmo lugar, con los ojos y con las manos lo andan todo: y así en un mesmo tiempo piden el vino, parten el pan, y revuelven los platos; y como el capitán que quiere combatir una fortaleza, así ellos están como dudando por qué parte acometerán este combate; porque por todas partes querrian entrar. Todas estas fealdades ha de evitar el que come, en su propia persona. Mas en la comida conviene mirar lo que come, y la manera del comer, como ya está declarado.

Y aunque en todo tiempo sea necesario llegarse á la mesa con toda esta preparacion, pero mucho mas cuando hay hambre, y aun mucho mas cuando la delicadeza y precio de los manjares despierta el apetito del comer; porque en este caso son mayores los incentivos de la gula por la buena disposición del órgano del gusto, y por la excelencia del objeto. Mire pues el hombre con atención en este tiempo, no le haga creer la gula que tiene hambre para comer mesa y manteles; porque por esta causa dijo muy bien Sant Joan Climaco (h): Que la gula era hipocresía del vientre; porque al principio de la comida finge que tiene mas hambre de la que en hecho de verdad tiene, y así le parece que todo lo ha de tragar: lo cual de ahí á poco se ve que era engaño; pues con mucho menos queda el hombre satisfecho.

Para remedio desto piense cuando se asienta á la mesa, que (como dice muy bien un filósofo) tiene ahí dos huéspedes á que ha de proveer: conviene saber, el cuerpo, y el espíritu. Al cuerpo ha de proveer de su mantenimiento, dándole lo necesario; y al espíritu del suyo, dándole con aquella composición y modestia que piden las leyes de la templanza; porque esto es hacer virtud, la cual es pasto y mantenimiento del ánima.

Es otrosí muy conveniente remedio contra este apetito poner en una balanza los frutos de la virtud de la abstinencia, y en otra la brevedad del deleite de la gula: para que por aquí vea el hombre cómo no es razón perder tan grandes frutos por tan bestial y breve deleite.

Para cuyo entendimiento es mucho de notar que entre todos los sentidos de nuestro cuerpo, los mas bajos son el sentido del tocar y del gustar. Porque ningun animal hay en el mundo tan imperfecto, que no tenga estos dos sentidos: como quiera que haya muchos á quien faltan los otros tres, que son ver, oír, y oler. Y así como estos dos sentidos son los mas viles y materiales de todos, así los deleites que dellos proceden, son los mas viles, y mas bestiales; pues no hay animal en el mundo tan imperfecto que no los tenga. Y demas de ser vilísimos, son también brevísimos, porque no dura mas el deleite dellos, de cuanto el objeto está materialmente ayuntado con su sentido, como vemos que no dura mas el deleite del gusto, de cuanto el manjar está sobre el paladar: y en el punto que deja de estar sobre él, cesa el deleite dél. Pues si este deleite por una parte es tan vil

(h) Cap. 14.

y tan bestial, y por otra tan breve y tan momentáneo; ¿cuál es el hombre tan bruto, que despidе de sí la virtud de la abstinencia (de quien tantos y tan grandes frutos se predicán) por un tan vil y bajo deleite? Esto solo debía bastar para vencer este apetito, cuanto mas si se juntaren aquí tantas otras cosas que á esto mesmo nos obligan. Ponga pues (como dijimos) el siervo de Dios en una balanza la brevedad y vileza deste deleite, y en otra la hermosura de la abstinencia, los frutos que se siguen della, los ejemplos de los sanctos, y los trabajos de los mártires (que por fuego y por agua pasaron al cielo), la memoria de sus pecados, las penas del infierno, y también las del purgatorio, y cada cosa destas le dirá que es necesario abrazar la Cruz, afligir la carne, y enfrenar la gula, y satisfacer á Dios con el dolor de la penitencia por el deleite de la culpa. Y si con este aparejo se asentare á la mesa, verá cuán fácil cosa le será renunciar y despedir de sí toda esta manera de regalos y deleites.

Y si toda esta providencia se requiere en el comer, mucho mayor es necesaria para el beber, cuando se bebe vino. Porque entre cuantas cosas hay contrarias á la castidad, una de las mas contrarias es el vino; del cual tiembla esta virtud, como de un capital enemigo; porque el Apóstol la tiene ya avisada, diciendo (a) que en el vino está la lujuria. El cual es tanto mas peligroso, cuanto mas hierve la sangre en los años de la juventud. Por lo cual dice Sant Hierónimo (b): El vino y la mocedad son dos incentivos de la lujuria. ¿Para qué echamos aceite en la llama; para qué ponemos leña en el fuego que arde? Porque como el vino es tan caliente, inflama todos los humores y miembros del cuerpo, y especialmente el corazón (adonde él derechamente camina, y donde está la silla y asiento de todas nuestras pasiones); y así á todas ellas inflama y fortifica: de manera que en este tiempo el alegría es mayor, y la ira, y el furor, y el amor, y la osadía, y el deleite, y así las otras pasiones. Por do parece que siendo uno de los principales oficios de las virtudes morales domar y mitigar estas pasiones; el vino es de tal cualidad, que hace el oficio contrario; pues con la vehemencia de su calor enciende lo que estas virtudes apagan: para que por aquí vea el hombre cuánto se debe guardar dél.

De aquí pues suelen proceder parlerías, risas demasiadas, porfias, peleas, clamores desentonados, descubrimientos de secretos, y otros semejantes desórdenes; así por estar entónces mas vehementes las pasiones, como por estar la razón mas escurecida con los humos del vino. Con lo cual se junta la ocasion que el hombre tiene para desmandarse, viendo desmandarse los otros con quien come: y todas estas causas juntas vienen á parir y producir estas desórdenes. Por donde dijo elegantemente un filósofo, que tres racimos procedían de la vid: el primero era de necesidad, el segundo de deleite, el tercero de furor. Dando á entender que beber un poco de vino servía á la necesidad natural; pero exceder esto algun tanto servía ya mas al deleite que á la necesidad. Pero pasar desordenadamente esta regla, servía al furor y á la locura. Por donde todos los pareceres que el hombre diere, ó tuviere en este tiempo, debe tener por sospechosos; porque sin dubda (regularmente hablando) tiene parte en ellos no solo la razón, sino también el vino, que es el peor de los consejeros. Y no menos se debe guardar de hablar mucho, ó porfiar en la mesa, ó sobre-

(a) Ephes. 5. (b) Ad Eustochium, de custodia virginitalis.

mesa, si quiere estar libre de todos estos peligros; porque muchas veces se comienza la porfia en paz, y se acaba en guerra; y muchas veces descubre el hombre con el calor del vino lo que despues quisiera mucho haber callado: pues, como dice Salomon (c), ningun secreto hay donde reina el vino.

Y aunque toda demasia en hablar sea reprehensible en este tiempo, mucho mas lo es cuando la habla es sobre cosas de comer, alabando el vino, ó la fruta, ó el pescado que se come, ó quejándose dello, ó tratando de diversidad de manjares de tales y de tales tierras, ó de pesces de tales rios; porque todas estas pláticas son señales de ánimo destemplado, y de hombre que todo él entero quiere estar comiendo, no solo con la boca, sino también con el corazón, con el entendimiento, con la memoria, y con las palabras.

Pero mucho mas se debe guardar, cuando come, de estar comiendo las vidas ajenas; porque esto es cosa que entra mas en hondo: pues (como dice Sant Crisóstomo) esto es ya no comer carne de animales, sino de hombres: que es contra toda humanidad. Por lo cual se escribe de Sant Augustin, que recelando este vicio (que tan familiar suele ser en algunas mesas), tenia él escriptos en el lugar donde comia dos versos que decían: Quien huelga de roer con sus palabras la vida de los ausentes, sepa que esta mesa no se puso para él.

Aquí es también de notar que, como dice Sant Hierónimo (d), mucho mejor es comer cada día poco, que pasados muchos dias de ayuno, comer despues demasiado. Aquella agua (dice él) es muy provechosa á la tierra, que á sus tiempos cae mansamente; mas los torbellinos grandes y tempestuosos roban las tierras. Cuando comes acuérdate que no vives para servir al vientre; mas que luego has de estudiar, ó leer, ó hacer otra buena obra, para lo cual quedarás inhábil, si cargares el estómago demasadamente. Y desta manera en cada manjar, y en cada vez que bebieses, medirás no lo que el deleite pide, sino lo que la necesidad y la virtud requiere. Ca no te persuadimos que te mates de hambre, sino que no sirvas al deleite, mas de lo que al uso de la vida conviene. Porque tu cuerpo (así como cualquier otro animal) tiene necesidad de mantenimiento porque no desfallezca, y también de carga para que no respingue. Por lo cual dice Sant Bernardo (e): A la carne conviene apretarla, no consumirla; apremiarla, no despedazarla; procurar que se humille y no se ensorberzca, y que sirva y no sea señora.

Esto basta para entender lo que toca á esta virtud. Quien demas desto quisiere saber los frutos grandes que se siguen della, y cómo aprovecha para todas las cosas, no solo para el ánima, sino también para el cuerpo: esto es, para la salud, para la vida, para la honra, y para la hacienda, lea un tratado que sobre esta materia escribimos al fin del libro de la Oracion y Meditacion.

§. III.

De la guarda de los sentidos.

Castigado y concertado el cuerpo en la forma susodicha, resta luego reformar también los sentidos del cuerpo, en los cuales debe el siervo de Dios poner gran recaudo, y señaladamente en los ojos, que son como unas puertas donde se desembarcan todas las vanidades que entran en nuestra ánima, y muchas veces suelen ser

(c) Prov. 51. (d) Ubi supr. (e) In Psalm. qui habitat. Serm. 40.